

CARLOS VAZ FERREIRA (1872 -1958)

Angelita Parodi de Fierro

La Academia Nacional de Letras había ya pensado desde el pasado año, que debía realizar actividades de homenaje a la memoria de Carlos Vaz Ferreira en este año en que se cumplen 50 de su fallecimiento. Razones de doble origen nos comprometían a cumplir este proyecto: una, el haber sido desde 1946 hasta su deceso en 1958 miembro de número de esta Academia, la que diera su nombre en 1978 a uno de los diecinueve sillones con que cuenta; y otra la de reconocer en él al más importante filósofo de nuestro país. Podíamos pensar en que la nuestra sería una acción en cierto modo solitaria, pero una vez llegado el 2008 se ha producido una verdadera eclosión de homenajes desde instituciones culturales oficiales y privadas, circunstancia que nos ha llevado a coordinar las acciones a realizar con otras instituciones, en este caso con la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, originalmente nominada Facultad de Humanidades y Ciencias.

Quien les habla representa a la Academia, la que ha invitado a los profesores Agustín Courtoisie y Jorge Liberati, a la vez que la Facultad ha designado al profesor Yamandú Acosta, los tres muy calificados estudiosos de Vaz Ferreira, para integrar este panel.

En lo que a mí respecta, considero solo como una introducción lo que diré.

Si me propusiera sintetizar el pensamiento filosófico de Carlos Vaz Ferreira, su vastedad y la riqueza de su temario me llevaría a desistir muy pronto de tal intento. Pero, además, el carácter mismo de su filosofía, vinculada a problemas concretos de la experiencia sin una voluntad de sistematización, casi fragmentaria, en la que cada problema tiene una autonomía y una individualidad propias, hace, para mí, al menos, difícil e inabarcable una posible síntesis.

El propio Vaz Ferreira, casi al comienzo de sus conferencias sobre Nietzsche nos dice algo aplicado a este que puede transferirse perfectamente a él mismo: que “a algunos pensadores se les puede sintetizar mejor que a otros: mejor a los sistemáticos que a los no sistemáticos, mejor a los deductivos y sintéticos que a los observadores y analíticos, mejor a los fríos, razonadores, abstractos, que a los afectivos, literarios, cálidos, y también mejora los exageradores y unilaterales que a aquellos cuya exposición y cuyo pensamiento se matizan de distinciones y se completan siempre con reservas.”

Porque justamente, todas aquellas condiciones que él señala en segundo lugar en las dicotomías que formula son las que caracterizan su propio estilo de exposición, todas. Fue un pensador no sistemático, un observador y analítico en grado superior, afectivo y cálido más que razonador abstracto y frío, y cuyo pensamiento se matiza constantemente de distinciones, de conciencia de grados y reservas en las aserciones formuladas, es decir, de dudas y vacilaciones en muchos casos.

Pero por otra parte, la falta de sistema que nos obliga a transitar por vías preestablecidas quedando nuestro pensamiento encerrado en tal sistema, hace más accesible la comprensión de las ideas que se desarrollan en contacto con la vida, aplicables a la vida, y que pueden ser confesadamente corregidas, como lo hizo Vaz Ferreira frecuentemente en sus clases magistrales en todos los niveles de la enseñanza secundaria y superior. Él mismo ha sido defensor del pensamiento no sistemático, el pensar por problemas y por ideas a tener en cuenta, reservando la forma de libro para aquellos sistemas de ideas que la toman espontánea y naturalmente

Es lo que nos dice en el prólogo de *Fermentario* con la sinceridad que a menudo recomienda a oyentes y lectores. Escrito en abril de 1938, es el más completo documento sobre su criterio como pensador, como filósofo, censor de todo tipo de dogmas para la creencia y enemigo de todo tipo de totalitarismo, como docente de vocación, como hombre interesado en todos los problemas humanos y en especial los de su tiempo, y por los procesos de la mente de los que dependen las ideas que nos forjamos sobre la realidad.

Allí confiesa que el modo de publicar que ha escogido, le parece “más natural y más modesto que el libro propiamente dicho” para una gran parte de lo que piensa, y que en esa elección fue movido por una necesidad, hecha en parte de vanidad –lo confiesa lealmente– pero que contiene sentimientos más nobles, pues permite ser más verdadero y más sincero, así como “evitamos, dice, menos difícilmente el peligro de forzar la afirmación y de simetrizar por la violencia, y conservamos la libertad de dudar, de ignorar, de completarnos y de corregirnos.”

Sobre todo se trata de expresar las ideas que, entre dudas y vacilaciones, no tendrían lugar en un libro que para ser tal debe dejar de lado el trabajo previo a la cristalización del pensamiento y que, sin embargo, suele ser de más valor para la comprensión y la discusión, que las ideas expuestas dentro de una a menudo artificiosa organización, con quitas y alargamientos necesarios en un libro que exige una organización o un formato especial. Reconoce la ventaja de completar el modo de pensamiento ya consagrado en la historia de la filosofía con este otro modo que raramente se da a conocer.-

Lo principal es que del modo escogido, no hay “necesidad de esperar, para comunicar un pensamiento, un proyecto, un estado de espíritu, a que hayamos podido pensarlo del todo, dominarlo en todas sus proyecciones, y, todavía emprender y acabar el trabajo penoso (y, en una vida no muchas veces posible), de composición y publicación.”

Y una frase que reitera y que me parece revela también cierta angustia existencial por la fugacidad del tiempo: “Y no morirse con tantas cosas adentro...”

Varias son las condiciones positivas del método de pensar y de exponer que ha escogido, y desearía que quienes escriben libros llevaran también “una especie de revista personal permanente, por fascículos o números...”. Sería preferible, dice, que el público conociera el pensamiento del autor en los dos estados: no solo el pensamiento ya elaborado con sus virtudes de claridad, justeza, cumplimiento, aplicación... sino también la espontaneidad, sinceridad, vida e interés de esa búsqueda de cristalización, en la que entrarían cosas que un libro no recogería, en especial ese *psiqueo*, -término creado por él y que debería figurar en el *Diccionario de la Real Academia Española*- y que actúa como el fermento de la producción.. “Y no morirse tantos”, dice ahora, omitiendo la alusión personal, “con cosas adentro”.

Transcribo:

“Proyectos concretos que pueden ocurrírsele a un hombre que observa, piensa y siente, aun en lo que no sea de su especialidad: una reforma en una institución, en la legislación de algo, en una máquina o en un utensilio, en un detalle cualquiera de la industria, de las costumbres, de la vida práctica... Alguna observación científica de un artista, una buena poesía, o cualquier cosa buena de cualquiera. Un dibujo, una melodía...”

Se advierte en esto, y en otras cosas que agrega en enumeración variada, el amplísimo campo visual de Vaz Ferreira y el interés que pone en todo aquello que pasa por el espíritu o el pensamiento no siempre en forma clara pero sí incitante y fermental para el posterior desarrollo de la creación inteligente y sensible, aunque en riesgo de perderse si uno no lo registra en el estado a menudo precario en que se nos presenta, como intuición fugaz o como idea vaga.

De pronto, en ese prólogo nos abre su corazón, lamentando no haber podido continuar un primer fascículo que contuviera diferentes temas -que al fin y al cabo se encuentran en este volumen que prologa y titula *Fermentario*-, y nos da las razones que impidieron ese intento... “la vida no me dejó”, palabras con las que cierra un párrafo para abrir otro con las mismas palabras. “La vida no me dejó”. Y se adelanta, o coincide o responde a críticas que se le hicieron a la modalidad de su exposición

en cierto modo fragmentaria como ya lo señalamos. “Lo intelectual ha sido en mi vida, y por mi temperamento, para mí secundario. Fueron lo principal, ante todo, los afectos concretos: la familia, los seres queridos. Y no sé como, habiendo sentido tanto por ellos, y luchado tanto para ellos, hasta ejerciendo una profesión para mí no vocacional, me han podido quedar energías para algo más. Y después, todavía, en el ejercicio de la enseñanza, y en los cargos públicos que en ella desempeñé, todas mis aspiraciones intelectuales fueron dominadas, y, para lo especulativo, casi esterilizadas, por el fervor de educar, de hacer bien y de impedir mal (complicado ello todavía, y en cuanto a la eficacia, bien dificultado, por la inflexibilidad en el mantenimiento de pureza moral rigurosa en la vida individual y cívica)...” Y una vez creada la Cátedra de Conferencias para él, en 1913, ello exacerbó más su fervor docente, al punto de que habiendo caído en una enfermedad que pareció final y que le obligó a jubilarse, vuelto de esa enfermedad, “hubiera podido consagrar los últimos (años) a trabajo intelectual propiamente dicho, preferí solicitar mi cargo de nuevo y seguir...” En la nota reclamando su cátedra de conferencias expresa: “Nunca he pedido nada, pero aquí, lo que reclamo no es un puesto, sino como una entraña mía.”

Fervor entrañable de educar. En todos los niveles de la enseñanza, el fervor de enseñar, el fervor de hacer bien. (“¡Qué horrible es, qué horrible fue siempre para mí querer hacer bien!” dirá, ya veremos por qué)

Nada de lo humano le fue indiferente, y ahí están los 25 tomos que recogen su filosofía, la que tanto aporta en las cuestiones más variadas del pensamiento, en la edición dispuesta y realizada por la Cámara de Representantes por resolución de 1957 (19 tomos editados en vida del autor) y completada en 1973 con riquísimo material de obras inéditas.

Revisando solo los títulos y los índices de los tomos nos damos cuenta de la amplitud y alcance de esa mirada atenta a: problemas sociales, políticos, en la defensa de la democracia como el mejor de los sistemas aunque no perfecta, y solo rechazada por una parte, por las almas tutoriales, absolutistas, dictatoriales, a los que se agregan los desencantados de la democracia, cuyo desencanto se debe a que se han fundado en su defensa en un concepto de perfección idealista y mítico que la democracia no puede llegar a cumplir a la perfección; cuestiones estéticas, sobre las diferencias entre el artista, el gustador y el crítico de arte, y las discrepancias amistosas con Miguel de Unamuno en el juicio sobre autores como Víctor Hugo, o Goethe, por. ej., problemas jurídicos de los que destaco como primer derecho humano el de estar, estar en la tierra, tierra de habitación distinta a la de producción, problemas metafísicos, y en parte antropológicos, pensemos en los problemas de

la libertad y los del determinismo o la relación de metafísica y ciencia; problemas morales –*Moral para Intelectuales*, libro clásico en materia de moral y deontología, problemas de lógica- *Lógica Viva* especialmente, también clásica, poniendo en guardia contra los paralogismos en que podemos en todo momento caer; problemas epistemológicos, cuestiones de carácter científico, y, sobre todo cuestiones de enseñanza que llenan varios volúmenes de sus obras completas. - Y en ellos varios proyectos que tuvieron desigual suerte para su aprobación y realización.

Uno de los proyectos en que más puso la fuerza de su espíritu, su inteligencia, su amor, y por cuyo fracaso en no lograr su aceptación sufrió más, fue el de los Parques Escolares, en la época en que estuvo en el Consejo Directivo de Instrucción Primaria, proyecto que estructuró en todos los detalles y del que se ocupó en varias charlas dadas en su Cátedra de Conferencias, pero que no fue suficientemente difundido y leído, condición para ser bien comprendido, según él mismo dice. Proyecto que mirado superficialmente podía parecer producto de la imaginación de un visionario, pero que estaba pesadamente apoyado en fundamentos originariamente económicos (según lo declara), a los que se unieron “por añadidura”, como lo expresa el Evangelio, nos dice, los pedagógicos propiamente dichos, los morales, sociales, higiénicos.

A todos los explicó, y las reacciones de incomprensión y hostilidad fueron desde la indiferencia, el desconocimiento, las bromas, la burla hasta que, teniendo que ser discutido “se sintió la necesidad de combatirlo” con argumentos de buena y de mala fe, que involucraron a su persona y a la del Ministro de Instrucción Pública, que a diferencia del Director de Enseñanza apoyaba el proyecto, argumentos a los que contestó y destruyó claramente, sin lograr que fuera aprobado. Su amargura la expresa con dolor, sugiriendo que tal vez fuera conveniente apartarse temporalmente una vez terminadas sus conferencias sobre el proyecto, ya que piensa que “ese proyecto no habría sido atacado tan injustamente, tan cruelmente, si no hubiera andado en esto mi nombre.” Y en la esperanza de que alguna vez se lograra su aprobación dice: “Yo estaré o no. Pero con eso solo empleé bien mi vida; y tengo ya ese sentimiento –hecho de dolores y fracasos, de amarguras, de injusticias -, que por una ironía de la ética se llama “satisfacción” del deber cumplido. Cumplido tanto tiempo, con tanto esfuerzo y hasta el fin.” Ironía de la ética porque para él la tranquilidad de conciencia no califica al individuo que dice experimentarla; más bien lo califica como superior el sufrir por no lograr el bien buscado habiendo hecho todo lo posible por lograrlo.

Ya pueden ustedes comprender que si yo intentara dar una mirada globalizadora sobre toda la obra vazferreiriana habría intentado una empresa imposible y no hubiera podido presentar al Hombre Vaz

Ferreira, que es en este momento lo que más me interesa, ese hombre que en todos los cargos que tuvo puso el alma o la “entraña”, especialmente en lo referido a la educación, desde su Cátedra de Conferencias, de su cargo de consejero de Instrucción Primaria, del Decanato de Preparatorios de la Universidad de Montevideo, de profesor de Filosofía de Preparatorios, de profesor de Filosofía del Derecho en la Universidad de la que fue rector, y de director y luego decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias, de la que fuera fundador después de treinta años de esfuerzos por su fundación.

Pretendo entonces entresacar de sus escritos, -que son reproducción de sus conferencias y clases - algunas expresiones que son simples muestras de su inteligencia, su penetración en trabajos de análisis y su sensibilidad, así como referirme a la repercusión que tuvo su obra entre quienes pudieron asistir a sus exposiciones y en quienes lo leyeron, el relativo olvido en que cayó luego su prédica, que parece ahora revivir en el trabajo de nuevos pensadores y en el reconocimiento del valor de su obra en los proyectos de actos que han brotado desde instituciones oficiales y particulares este año, que parece ser, en el cincuentenario de su fallecimiento, el Año de Vaz Ferreira .

La repercusión de su pensamiento se dio, en nuestro país, sobre todo a través de sus conferencias en la Cátedra creada en 1913, sin perjuicio de lo que la generación joven recibiera en sus clases de Preparatorios o discursos en otros ámbitos como el Ateneo de Montevideo por ejemplo. Y fuera del país, es de señalar el prestigio que adquirió ante personalidades como Unamuno y otros ilustres pensadores. La correspondencia que mantuvo con el filósofo español entre 1906 y 1907 o 1908 nos muestra la admiración mutua y el respeto sostenido aun en las discrepancias, que se formularon con la mayor fineza pero sin ambigüedades. Algo que enternece es la confesión que hace Vaz Ferreira con respecto a la doble condición de filósofo y poeta del español. Proponiendo una comparación entre la clase de espíritu del español y la del suyo, encuentra una ventaja para sí y otra ventaja para Unamuno, la de él tal vez la de ser espíritu analítico y distinguidor no solo por convicción sino por temperamento, la de Unamuno “la suerte que cupo a su poeta... / Yo también tenía uno adentro, pero murió asfixiado de abstracción, de análisis, de crítica, de razón pura. Cierto es que era raquítrico e impotente; y antes que se muriera completamente, lo maté. Entretanto el de Vd.! ...Y aquí los elogios a la poesía de Unamuno. Pero lo que conmueve es esa confesión de pérdida personal, tan fino gustador y conocedor del arte poético como fue Vaz Ferreira, como del arte en general. Unamuno supo valorar desde las primeras publicaciones a Vaz Ferreira (“Ideas y Observaciones”) calificando el libro como “hermoso y sustancioso”.

Indudablemente no vamos a encontrar estilo poético en los escritos de Vaz Ferreira, pero pensemos que la fuente original de sus escritos, en gran parte fueron sus conferencias, en las que no se podía permitir a sí mismo “literatear”, para usar un término que es invención suya y que aplica a escritos en los que encuentra una modalidad artificialmente literaria .

La Cátedra Libre de Conferencias congregó una audiencia numerosa e interesada, y las charlas del filósofo lograron la devoción de varios docentes, en cuyas clases se podía advertir la marca de Vaz Ferreira, sin que tales docentes fueran imitadores del Maestro, pues más de una vez este se manifestó contrario a la imitación o el seguimiento fiel, recordando las palabras del Gorgias de Rodó: “Por quien me venza con honor en vosotros”. Recuerdo aquí a quienes pude conocer y tratar directamente: Luis Gil Salguero, Carlos Benvenuto, los Paladino, especialmente Julio, el profesor Mones en los Institutos Normales de Montevideo...

Al cumplirse 100 años de su nacimiento en 1972, un miembro del Consejo Interino de Enseñanza Secundaria, Prof. Aníbal del Campo, pronunció un discurso sobre Vaz Ferreira en el que advierte que un grupo de jóvenes que escuchaban “su nombre y su mensaje con aparente indiferencia no sabía en qué medida las categorías de su pensamiento y su amor incondicionado por la verdad formaban parte constitutiva de su espíritu, porque son parte entrañable del ser nacional.” Y más adelante expresa: “La huella que su vida y pensamiento dejaron en la vida del país es indeleble y constituye una de las constantes de la vida nacional. / Como pasa frecuentemente, esta influencia oscila en las formas de su manifestación y actuación entre los modos de la veneración, del cultivo explícito de sus principios, de la reiteración y cita de sus ideas, tales como el autor las ha acuñado, en forma temática y consciente, y los modos atemáticos e inconscientes bajo la forma de esencias funcionarizadas, como diría Scheler, incorporadas a la sustancia viva del ser nacional”, reitera del Campo. Y prosigue: “En la época que corre un eclipse doloroso e injusto parece haberse producido en la gravitación de las ideas de Vaz Ferreira, sobre todo con respecto a la juventud. Pero es solo aparente. Una de las grandes misiones de la crítica filosófica de nuestros días en nuestro medio nacional deberá consistir en una recuperación y actualización del pensamiento de Vaz Ferreira en lo que este tiene de vivo e imperecedero.”

Y ahora, para culminar mi homenaje al Maestro, me referiré a unos de los ensayos que muestran el espíritu positivo –no positivista en el sentido de doctrina- que le caracterizaba: “Cual es el signo moral de la inquietud humana”. En conferencia pronunciada en 1936 en el Instituto Anglo-Uruguayo con ese título comienza haciendo notar el vuelco

sufrido, en los primeros años del siglo XX, en los estados de espíritu correspondientes a lo que ciertas grandes generalizaciones de la filosofía y de la ciencia tienen de popularizables. El vuelco consiste en el pasaje del optimismo que predominara en las teorías y tendencias generales dominantes en el siglo anterior, sistematizadas en la concepción de Spencer y otros, del progreso continuo bajo ley ineluctable, al pesimismo referido a hechos visibles del decurso histórico expresado en afirmación de decadencia y rebajamiento a través de formulaciones doctrinarias que reaccionaron contra la confianza, la esperanza y el optimismo de las concepciones del siglo anterior.

Así como fue minucioso en el análisis de las cuestiones que encara, también fue muy riguroso en el uso del lenguaje adecuado, en la terminología propia para expresar los conceptos empleados. Así distinguió dos sentidos en los términos “optimismo” y “pesimismo”, optimismo y pesimismo de éxito y optimismo y pesimismo de valor, distinción que da fuerza a los argumentos por los cuales defiende su propia posición respecto a las tendencias que se expresan en tales términos. Porque entiende que en muchos casos podemos ser pesimistas de éxito (pone de ejemplo las aventuras de Don Quijote) y al mismo tiempo sustentar un optimismo en cuanto al valor moral de ellas: optimismo de valor. “Optimismo o pesimismo de valor, dice, versa sobre el signo moral : bueno o malo.” (En lo referente a la moral Vaz Ferreira ubica lo bueno y lo malo, el bien y el mal, en el ápice de una posible aunque no formulada escala de valores en la que han de tenerse en cuenta los grados en los cuales se manifiestan esos valores).

Reconoce que el optimismo de éxito puede ser hasta ilusorio respecto a las acciones que emprende el hombre tras nobles aspiraciones, y se justifica entonces la actitud pesimista de éxito, aunque aun en los casos de fracaso podría considerarse un atenuante al pesimismo el obtener al menos algunos éxitos parciales, por lo que se debe tener en cuenta casos y grados. “Pero lo que debe ser sostenido contra la superficialidad de ciertas teorías y de ciertos estados de espíritu hoy dominantes, y no obstante el dolor y el desaliento que en este momento del mundo esas teorías y esos estados de espíritu acompañan, y hasta precisamente engendran o refuerzan, el que debe ser sostenido es el optimismo en el otro sentido: optimismo de valor.”

Tal optimismo de valor tiene su fundamento en un hecho claro para Vaz Ferreira, que puede reconocer una conciencia atenta, no distraída, y es el progreso moral, que es para él indiscutible, aunque el progreso intelectual pueda ponerse en discusión. No es una actitud idealista la de Vaz Ferreira, o al menos él no la considera así, no es simplemente la exhortación a adoptar una posición positiva ante la vida, ajena a

que la realidad nos muestre decadencia de valores, descaecimientos de conductas, conflictos, guerras, horrores, que no podemos negar, sino la actitud de un analista científico de los sentimientos que colectivamente vamos experimentando ante esos horrores.

La historia misma, o mejor, lo histórico pone en evidencia el progreso moral si atendemos al hecho de que cada vez se van agregando más ideales a la conciencia humana, cada vez es mayor el número de hombres que se enfrentan a todo aquello que provoca horror, como la guerra, por ejemplo, o el sufrimiento de las clases menos favorecidas, y que en grado creciente impulsan a realizar acciones en favor de un mejoramiento. La historia como disciplina o ciencia registra y muestra los actos más efectistas de los grandes personajes que pone a nuestra mirada como héroes. Pero desconoce el heroísmo real que “es con dolor, es venciendo cobardías, es con hesitación, con duda moral.” Lo esencial es que “en la aventura humana cada vez se agregan más ideales.” Y como no son todos conciliables, sino que muchos interfieren entre sí, tal interferencia da lugar a una moral conflictual. Sobre todo sufren tal situación quienes tienen el mayor número de ideales y se ven obligados a sacrificar unos en el cumplimiento de otros, pues aun teniendo todos los ideales y el sentimiento correspondiente en su máximo histórico no pueden resolver los conflictos morales a total satisfacción de su propia conciencia. Son los “Cristos oscuros”, cuyos actos morales no son recogidos por la historia. Pero la humanidad recibirá el calor de esos Cristos oscuros. Y si “no los habrá prácticamente tan perfectos, lo que se va haciendo especialidad de la vida moderna, es el aumento del número de hombres que, aunque no tengan cada sentimiento en el grado superior, los tienen todos. Y eso no es efectista; pero ahí está –si se quiere en esta nuestra mediocridad- la superioridad moral nuestra (y la causa de nuestra ilusión de inferioridad). Esto es lo esencial, señores, lo que se agregó no fue el mal, sino la resistencia creciente al mal. Esto es lo esencial sobre progreso moral: lo que se agregó, por ejemplo, no fue la guerra, sino el sufrir cada vez más porque la haya, y en su caso, por tener que hacerla. Y más resistencia psicológica contra ella. Lo agregado no es que sufran las clases menos favorecidas, sino el sufrimiento creciente de la humanidad por ese sufrimiento con la acción consiguiente – y parcialmente eficaz- por su mejoramiento y alivio. Y en cuanto se toma este punto de vista (...) se percibe el mejoramiento moral de la humanidad a través de la historia.”

Así fundamenta Vaz Ferreira su propio optimismo de valor y trata de transferirlo a sus oyentes y lectores. No se trata de un optimismo ingenuo que cierra los ojos ante las manifestaciones del mal en los obstinados hechos del decurso histórico. No es el suyo tampoco un idealismo que

se contente con la representación de un estado idílico que flote sobre la realidad sin descender a ella y en el que podamos refugiarnos con la imaginación. Es una convicción concreta que surge de la adopción de un punto de vista inverso al que nos lleva a descalificar nuestra realidad cultural y especialmente su condición moral. Si no podemos tener un optimismo de éxito completo en esta “temeraria y absurda y enternecedora aventura humana”, hay que reconocer los logros parciales o graduales debidos a los ideales sustentados colectivamente que van impulsando a realizar acciones en procura del mejoramiento, que se reconocen en la realidad.

Concluyo esta parte del examen de este ensayo con palabras del autor:

“Hay dos modos de tomar la historia y la aventura humana:

O bien enfatizar sobre el aspecto malo o triste, sobre la imposibilidad de realizar todo, sobre la impotencia, sobre la proporción del mal y sobre las deflexiones.

O medir la grandeza de la aventura y del esfuerzo precisamente por lo inferior del punto de partida y por la noble exageración del conjunto de ideales que perseguimos.

No voy a agregar más ejemplos... Esto no es más que una dirección de ideas y sentimientos que recomiendo a Uds. en todo caso como un ejemplo de ejercicio espiritual.

Ahora: esas ideas y sentimientos ¿traen algún consuelo?

Tal vez ninguno (y hasta tal vez no fuera bueno que la humanidad se consolara)

Pero, aunque no tengan ninguno, deben enseñarnos –al enseñarnos a interpretar el verdadero sentido de la inquietud humana- a no agregar, a los dolores y horrores inevitables, el dolor y el horror supremo del pesimismo moral.”